

pero nunca imbécil, nunca a «tontas y a locas», y, sobre todo, nunca expresada «porque se ha oído».

* * *

Así, pues, sus músculos son firmes, su espíritu sutil, su conciencia está disciplinada. No son ni atletas, ni sabios, ni santos. Son una planta humana, verde, de buenas raíces, bien dirigida, bien nutrida, bien podada. Ahora, que venga la primavera a hacerla florecer.

CARTA VIGESIMA

Ambleuse y la Reina del Bosque.—Mis huéspedes.—Abundancia de discípulos.—La edad ingrata. Un almuerzo con la nueva incubación.—Reflexiones sobre la crisis del respeto.

Ambleuse, 1 de septiembre.

Héme ya instalado, mi querida sobrina, en la mansión encantadora y silenciosa donde nuestro amigo Lespinat me tenía convidado, desde hacía mucho tiempo, a pasar una temporada. Cuando nos encontrábamos en tu casa, me decía siempre:

—Si va usted a Berry este año no viva en casa de mis vecinos los Laterrade. Son simpatiquísimos, pero, aquí entre nosotros, el ruido y el desorden de esa casa deben ser muy contrarios a las costumbres de usted... Ambleuse es más pequeño y menos suntuoso que la Reina del Bosque; pero además de que Ambleuse tiene más estilo, allí nada turbará sus meditaciones, su lectura o su trabajo. Yo estoy en el campo cazando desde por la mañana hasta la noche. En cuanto a mi hijo Jorge es, como usted, un hombre de papelotes y libracos. Además, profesa a usted tanta estimación, que no se movería en todo el día para no molestarle. Hágame caso y véngase a Ambleuse.

Y si le objetaba que la castellana de la Reina del Bosque, Lucía Laterrade, es la hermana de tu marido; que tú también resides allí y que si yo dejaba la Reina del Bosque por Ambleuse podía disgustarse tu cuñada, Lespinat se echaba a reír.

—¡Deseche esos escrúpulos! Yo quiero muchísimo a la señora de Laterrade, es buena, hospitalaria, inteligente y hasta espiritual. Pero tiene una indiferencia imperturbable para todos los acontecimientos. Puede que ni se dé cuenta de que no ha ido usted a su casa...

—¿Y Francisca?...

—La verá usted siempre que quiera, puesto que nuestras fincas están contiguas y no hay ni cuatrocientos metros de una puerta a otra.

Hasta ahora me había resistido a los ofrecimientos del señor Lespinat. Sin embargo, secretamente estaba de acuerdo con él en que la Reina del Bosque es el lugar menos a propósito para cobijar a un hombre que ejerce el oficio de escritor. Allí ha establecido su imperio el ruido, el cruel, el odioso ruido. Los dueños de la casa dan el ejemplo tirando las puertas, arrastrando las sillas, sosteniendo los diálogos más inofensivos en tono de disputa. Y claro está, en consecuencia, los criados, al hacer la limpieza, evocan el recuerdo de las más rudas batallas campales. Una vez hecha la limpieza, aplacan los nervios cantando a toda voz, revolviendo los utensilios y danzando a la rueda (así parece) en los corredores. Además, el ayuda de cámara es violinista y el chauffeur toca la bocina inglesa. Y los invitados... ¿no es natural que los invitados adquieran las costumbres de la casa? ¿Y los niños? Pero de los niños no digo nada; el ruido que hacen significa alegría y encuentra gracia ante mi mal humor. Ahora bien, en estos días hay dema-

siados niños en la Reina del Bosque. Tu hijo Pedro y su prima Simona, esos dos personajes de ocho años; Noel Laterrade, del que me han suplicado que me ocupe un poco porque «no se saca nada de él». Silvia Bertrand Tasqué, que en sí no molesta, sino todo lo contrario, pero acompañada de su hermanito Enrique. A mí me gustan los niños, y la prueba es que dirijo conjuntamente la educación de Pedro y Simona, sin contar la de Francisca II que se me ha destinado de antemano; que intento reparar los desaciertos de que ha sido víctima Noel, y que he contribuído a sustraer al «embuchado científico» a la temible influencia de sus padres, consiguiendo que le mandasen al colegio, y que soy el confidente de la encantadora Silvia... Quedamos, pues, en que me gustan los niños; pero también me gusta el retiro, el silencio y la soledad, según las horas... En el castillo de tu prima, querida Francisca, reina tal desorden, que llega a tener algo de cómico: las habitaciones de los huéspedes se arreglan a media tarde; es imposible saber las verdaderas horas de las comidas; las ropas y los calzados de los convidados forman una mezcla inextricable... Todo eso es bastante gracioso, no lo niego, pero para pasar dos días. ¡Qué grata tendrá que serme tu presencia, querida Francisca, para que yo me pase allí quince días cada septiembre!

Pero como este año tú, como buena esposa, has querido acompañar todo el verano a tu marido en Calais, y como, por consiguiente, no podremos reunirnos en Berry, como los anteriores, he aceptado la invitación del señor Lespinat.

Y héme ya instalado en Ambleuse.

Tú te acuerdas de Ambleuse, ¿verdad? La casa Luis XVI de dos pabellones, cada uno de los cua-

les contiene una bastante noble escalera de piedra, con su artístico pasamanos de hierro negro; los salones sencillamente decorados, con artesonado de vigas rectangulares; los vastos aposentos con alcoba, las chimeneas elegantes, con sus cornisas de mampostería; el mobiliario que no se ha movido desde los Estados generales acá, la amplia biblioteca, empezada hacia 1754 por Brault de Lespinat, señor de aguas y bosques—como la generalidad de Berry—, toda esta pátina vetusta, sin grietas ni ruina, que hace de este modesto castillo un lugar tan maravillosamente evocador del pasado, un rincón tan atrayente, que el amante de la historia no sólo preferirá al castillo Luis Felipe de los Laterrade, sino también a ese suntuoso Chambon, gótico-moderno, que han construido en la vecindad vuestros amigos los Demonville, y cuyo lujo deslumbra a las gentes del contorno.

Estoy en Ambleuse solo con el señor de Lespinat y su hijo Jorge. Este muchacho, que es estudioso y un ferviente de la poesía, me ha preparado una instalación ideal: las dos habitaciones indispensables para el hombre que trabaja, porque la cama no debe acercarse con la mesa de escribir. Tengo una entera libertad: se guardan muy bien de proponerme cada tarde las temibles diversiones que desde hace mucho tiempo me hicieron insoportable la verdadera «vida de castillo». Las comidas se sirven a una hora fija y son excelentes, pero no excesivas. Lespinat, hombre de orden, cuida de la higiene de nuestros estómagos, y no cree que para agradar a sus invitados debe por eso cebarlos. Aunque hace catorce años (desde que quedó viudo) se ha consagrado particularmente a las labores agrícolas, es un hombre que lee aún y que, como se dice en provincias, está al corriente de todo. Su

hijo Jorge, de quien su padre fué el principal maestro, y a quien el cura de la parroquia dió las primeras nociones de latín, y que después, hacia los doce años, siguió solo sus estudios, es aquí un verdadero compañero intelectual. No conozco, querida Francisca, espectáculo más emocionante que el ver desarrollarse un joven espíritu que será quizás un gran espíritu. El genio sopla donde quiere. ¿De dónde surge este poeta, después de tantos abuelos soldados, agrónomos y cazadores? Jorge empieza a atreverse a enseñarme sus versos; y me parece que hay abundantes promesas en los versos de este muchacho.

¿Y la Reina del Bosque? ¿Y tu cuñada Lucía?

Pues ni ella ni su marido han parecido molestarte. ¿Sabes lo que me ha dicho Lucía?

—No se tome usted tanto trabajo para explicarnos sus razones... Si yo estuviera en su lugar, hubiera hecho lo mismo. Ambleuse es encantador, y la Reina del Bosque es una posada de décimo orden... Viva usted en Ambleuse, pero no nos olvide, o si no, me enfadaré...

No «me olvido» de la Reina del Bosque, ni mucho menos. Por de pronto, sigo ocupándome de mis dos educandos; consagro, por lo menos, una hora diaria al «arreglo» de Noel; Silvia me implora por el atontado de su hermanito, ¿y quién resistirá la gracia implorante de Silvia? Así, mi vida, rodeada de todas estas criaturas que me captan con su procedimiento habitual e infalible—persuadiéndome de que me necesitan—, parece, más que la de un hombre de letras, la de un regente contemporáneo del señor Braul de Lespinat, o más aún, la de un «Master» de Oxford, dirigiendo a varios alumnos repartidos entre viviendas vecinas.

Pero tú ya conoces, querida Francisca, mi afición

o más bien mi pasión por estas cosas pedagógicas, y en estos momentos celebro más que nunca haberme hecho cargo de dirigir la educación de Pedro y Simona cuando no tenían más que cinco años... Cuanto más me esfuerzo en poner en orden la educación, tan mal empezada, de Noel Laterrade, más compruebo que hay mucho de irreparable cuando se llega en malas condiciones a los doce años. En cambio, Noel me proporcionará la ocasión de completar la doctrina de mis cartas anteriores, que se refiere a la educación de hasta los siete años, y después hasta los doce. Esto será provechoso para Pedro y Simona cuando lleguen a la edad calificada de ingrata... De aquí a entonces yo enriqueceré para ellos mis observaciones sobre los que ya están en esa tercera época de la infancia, y que pronto serán muchachos y muchachas, la esperanza del mañana, y, diciéndolo de otro modo: la nueva incubación... ¿Sabes que este verano va a darme en gran cantidad datos referentes a las fichas que tengo establecidas y ocasión para establecer fichas nuevas?... En cinco días que llevo en Berry, no se han pasado veinticuatro horas sin que yo haya anotado alguna cosa, no solamente sobre las fichas de Simona y Pedro, sino también sobre las de Noel, de Silvia y de Jorge. Y he constituido fichas suplementarias para las señoritas de Demonville (Blanca y Magdalena, catorce y trece años), para sus amiguitos Sam y Daisy Footner, para Cecilia Bernier, para Guy Demonville y para...

—Pero, ¿de dónde conoces a tanta gente?—me preguntarás.

Pues, verás. La noticia de que iba a tener de vecino a un hombre de letras, trastornó a la señora de Demonville, la castellana de Chambon. Y no hacía ni una hora que estaba yo en Ambleuse,

cuando un botones en bicicleta trajo una carta para mí. Un pliego azulado, oliendo discretamente a clavel y escrito con una letra alargada, la de moda. Me suplicaba fuese a almorzar al día siguiente a Chambon, en donde me reuniría también con los Laterrade y los Lespinat. No tenía grandes deseos de ir, pero comprenderás que, si me negaba, contrariaría a mis huéspedes, y sobre todo a tu cuñada, que había prometido llevarme. Fui, pues, al almuerzo como a una obligación. Pero después no me aburrí; y es más, sirvió para que anudase relaciones más activas con los moradores de Chambon. Bueno; esto merece explicarse.

Tú conoces a la pizpireta señora de Demonville; tiene cuarenta años, representa treinta, lleva el pelo teñido de rubio, y es parlanchina e inquieta. Está en Berry desde fines de agosto. Abrevió su estancia en la costa normanda, porque el mar no le sentaba bien a Blanca: parece ser que es demasiado nerviosa. El marido, que está retenido en París por los negocios, y que se aburre en Chambon, llega los sábados a la hora del almuerzo y vuelve a marcharse el lunes. El resto del tiempo, la castellana soporta sin disgusto aparente la ausencia de su marido y gobierna con habilidad parisiense su casa, siempre llena de invitados. No comprende la vida de campo con menos de quince personas alrededor de la mesa, y para que no le falten emplearía, de ser preciso, el sistema evangélico del «compelle intrare». De esto resulta que, a veces, se encuentra uno en Chambon con invitados un poco fulls. Por fortuna en la invasión abunda la juventud, una juventud alegre e inquieta.

Además de las dos hijas de los dueños, Blanca y Magdalena, y de su hermano Guillermo, se ve tam-

bién a una amiguita parisiense, Cecilia Bernier; otra amiga inglesa, Mary Footner, y el hermano de ésta, Sam Footner. De trece a quince primaveras, con cabeza rubia, morena o roja; este último caso es el de Sam Footner.

Te imaginarás las reflexiones grises que tal grupo, engrosado por Noël, Silvia y Jorge, puede inspirar a los espectadores que se acercan a los cincuenta inviernos. Esta juventud nos dice con su actitud: «¡Vamos! Apresúrense ustedes a dejarnos el sitio; nos ha llegado a nosotros la vez...» Aunque yo no envidio la juventud, y además encuentro la vida bastante larga, proporcionada a nuestras fuerzas y a nuestros deseos si sabemos moderar éstos y economizar aquéllas.

Toda esa juventud, menos Jorge Lespinat, que tiene diez y siete años cumplidos, y Mary Footner, que tiene unos quince que parecen diez y ocho, está en plena edad ingrata...

¡Edad ingrata! Hermosa, conmovedora e inquietante unión de palabras. Evoca un cuerpo frágil, que se estira; una palidez delicada, que se cubre a veces, sin motivo, de un tinte rojo; una boca que ríe a cada instante, pero en la que queda un no sé qué vagamente doloroso cuando cesa de reír; ojos tan pronto atrevidos como tímidos, en los que la curiosidad y la vergüenza combaten constantemente: ojos en los que hay frenesí y laxitud, ansias de vivir y fiebre de abatimiento; y todo bajo unas cejas mal dibujadas y unos párpados rosados que terminan esas largas y rizadas pestañas de los niños, que empiezan a caer cuando se aproximan los veinte años. ¡Edad ingrata! Miembros demasiado finos y demasiado largos, con los que la criatura no sabe qué hacer... ¡Edad ingrata! La voz de los muchachos que muda y se es-

capa cuando quieren hablar; las manos escarlata de las muchachas que no saben ocultar; las delgadeces que disimulan, y que dan a su pudor algo de feroz; las cabelleras demasiado espesas, que no saben cómo peinar, y cuyo peso les suele producir fuertes jaquecas. Edad de las preguntas no formuladas; de las angustias que años después causarán risa; de los grandes odios, de las violentas simpatías, que pasan como una ráfaga; edad en la que aún no se desea la vida, en que es la vida la que arrastra... Edad dolorosa y voluptuosa, en la que la criatura tiene fuerzas superiores a sus deseos; edad en que la naturaleza domina de tal modo al ser humano, que lo maneja como a una pelota. Edad en que el temperamento y el carácter van lentamente fijándose y cristalizándose. Edad que tiene el turbador atractivo de las mañanas de marzo; edad de los golpes de aire, de tibio sol, ¡qué conmovedora es tu contemplación para el amador de almas, y qué injusticia haberte llamado ingrata!...

... Volvamos a la señora de Demonville. Ya te figurarás, querida Francisca, que en nuestra primera conversación tuvo que hablar de mis libros y asegurarme que era mi más ferviente admiradora. Sin embargo, interiormente, traduje así las alabanzas de la castellana de Chambon. «Sus libros de usted me han entretenido a veces una media hora, a veces me han aburrido. Además, no he leído ninguno a fondo, y si me apura usted un poco, verá que los confundo con los de otros autores. Pero como su nombre se ve con frecuencia en los periódicos, debe usted sentarse a mi mesa, como toda persona rica, elegante, bien nacida, o solamente un poco notoria, que pasa por las cercanías.»

Además de la bandada inquieta y risueña de «la

edad ingrata», además del señor Lespinat y del matrimonio Laterrade, había en esta ocasión en Demonville un propietario del Indre, el marqués de Lasmolles, gran criador de caballos de carreras, la marquesa y un pianista parisién, que se hospeda en la casa; un trío muy agradable, pero que no te describiré, y de los que no te contaré nada, puesto que no se relacionan con el asunto que nos ocupa. Sólo te señalaré la sorpresa un poco irónica de la marquesa, que me testimonió después de las «admiraciones» de rigor:

—Entonces, ¿es verdad? ¿Se ha hecho usted ahora pedagogo?

—No tengo ese honor, señora. Me ocupo, solamente a ratos perdidos, de vigilar la educación de un sobrinito y una sobrinita.

—¡Es admirable! E inesperado. ¿Qué pensarán sus lectoras las parisienses?

—Me temo, señora, que algunas cesen de leerme; por lo menos las que no tienen hijos, que serán la mayoría... Me contentaré con las mamás, y hasta con las mamás de provincias...

Esforzándome en cumplir mi deber de invitado atento, no perdía de vista al grupo juvenil, mucho más interesante, a mi parecer, que las admiraciones de la señora de Demonville y los asombros de la marquesa de Lasmolles. A medida que avanzaba el almuerzo, iban los chicos tomando confianza; y cuando pasamos al salón para tomar el café, todos los de la «edad ingrata» habían reconquistado sus actitudes normales, que consisten, en el siglo XX, en no cohibirse lo más mínimo ante las personas mayores. Los que no presentaban una actitud irreverente, me admiraban por su aplomo. Noel Laterrade, que se afeita sobre el labio superior una ilusión de bigote, discutía de caballos con

el marqués, convencido de que demostraba igual competencia. Y le oí que decía: «¡«Old Nick» mejor que «Bouffonnerie»? ¡Vamos! ¡Qué cosas tiene usted!» Magdalena Demonville (trece años) envió tranquilamente a paseo a su madre, que le pedía que tocara un estudio de Chopin ante el célebre pianista; y la niña apoyó su negativa con este apotegma:

—Cuando digo que no, es que no; ya lo sabes, mamá...

Su hermana Blanca había arrastrado a un ángulo del salón a Jorge de Lespinat, y no se ocupaba en absoluto de los otros invitados; esta desventura fué advertida por Silvia. Ya hace mucho tiempo, ¿verdad, Francisca?, que habíamos adivinado tú y yo la inclinación de Silvia por el joven castellano de Ambleuse. Tristemente, la pobre Silvia se refugió junto a mí, mezclándose a una conversación en la que Sam Footner quería demostrarme—impaciente por mis réplicas—que los periódicos franceses no contienen más que historietas, y nada de información, y que, por consiguiente, un inglés en Francia podía dispensarse de leer los periódicos. Cecilia Bernier, que tiene quince años justos, y que se las echa de intelectual, porque está haciendo el bachillerato, me honró con una conversación en la que me declaró cortésmente que no habría ningún libro contemporáneo y que no resistía las novelas; fué el «dravoback» de las admiraciones de la marquesa y de la señora de Demonville. May Footner (catorce años pasados) me preguntó cuáles eran mis deportes favoritos; y cuando le confesé que eran la marcha, la espada y la bicicleta, se rió en mis barbas, diciendo que eso no son deportes. En fin, menos Silvia, siempre modesta (como las hijas cuyos padres vuelven a casarse),

y que ese día estaba melancólica por las razones que te figuras, la nueva incubación me pareció de una fragilidad inaudita y de una ausencia total de ingenio respetuoso...

Tú sabes que en Berry las recepciones de la tarde son interminables; así que aproveché la llegada de nuevos invitados para marcharme discretamente. De regreso a Ambleuse, hice el camino meditando:

«¿Es esto el modernismo? ¿El que los niños de familias acomodadas pierdan absolutamente el respeto a las personas mayores desde que tienen doce años, y hasta demuestren por ellas un no disimulado desdén? Y, ¿qué es lo que ha podido provocar este desdén en la nueva incubación?

»Yo creo que nosotros mismos.

»Tanto hemos dicho y escrito los de nuestra generación diciendo que se nos había dado una educación absurda, tanto hemos alabado los cambios acaecidos después (algunos muy discutibles), que nuestros hijos se han acostumbrado a considerarnos como debió considerar la primera generación de mujiks a sus padres después de la emancipación de los siervos. Tienen en la boca una palabra para humillar a los padres: ¡deportes! Con la mentalidad de su edad, el ser superiores a sus padres en agilidad o destreza física les hace creer que lo son en todo. «Papá no monta a caballo, papá no juega al «golf» y no patina; por lo tanto, papá y mamá son dos...» (y aquí una comparación tomada del régimen de los moluscos). La tonta admiración de los tontísimos padres por los deportes de sus hijos, acaba por trastornar a éstos. Yo no he obtenido un poco de atención respetuosa por parte de Noel Laterrade hasta que le di unos

cuantos botonazos con la espada. Desde entonces siento por mí «cierta estimación.»

No se puede hacer retroceder al tiempo, mi querida sobrina, e igualmente sería vano esperar que puedan restaurarse entre padres e hijos las antiguas disciplinas. Hay, pues, que aceptar las cosas como se han puesto, y contar con todo ello. Pedro y Simona no tienen más que ocho años; los educamos lo mejor posible; pero respirarán el aire ambiente, y cuando lleguen a la «edad ingrata» no podremos gobernarlos con «Sic volo, sic jubeo...» Para que sigan siendo dóciles tendremos que vencerlos. Acostumbrémoslos, pues, desde ahora, a amar la disciplina, a desear la disciplina, enseñándoles que es una forma del orden. Combatamos también en ellos desde ahora la soberbia, haciéndoles ver a cada instante su ignorancia, su inferioridad física e intelectual. Sobre todo, no les demos la sensación de que toda la casa vive para ellos. Primero porque es un régimen inmoral y absurdo, y después, porque el resultado sería una generación de imbéciles, convencidos de que lo saben todo sin haber aprendido nada, y empeñados en dominarlo todo sin tener el menor derecho, y a los que la vida reservaría rudos desengaños.